

Rosario Sánchez Mora

«La Dinamitera»

Tristes guerras
si no es amor la empresa.
Tristes, tristes.

Tristes armas
si no son las palabras.
Tristes, tristes.

Tristes hombres
si no mueren de amores.
Tristes, tristes.

Miguel Hernández
(*Cancionero y Romancero de Ausencias*)

Con la proclamación de la Segunda República, en abril de 1931, se inició un gran despliegue cultural, en el que se integraba el proceso de liberación de la mujer española. Respaldada por la legislación aprobada en las Cortes se propició la apertura a altos puestos de la Administración y su acceso a otros ámbitos hasta entonces vedados, lo que facilitó la eclosión de una conciencia igualitaria, tanto en el plano individual como en el colectivo. La experiencia se encontraba en plena expansión cuando estalló la sublevación militar del 18 de julio de 1936, que la condicionaría de manera rotunda.

Así, mientras en la zona franquista cientos de mujeres eran ultrajadas y asesinadas cobardemente, en la España republicana, con espontaneidad incontenible, se iniciaba una apasionada y vibrante colaboración de la mujer, codo a codo con miles de jóvenes que acudían voluntariamente a defender a la República. Su entusiasta participación en la retaguardia y en los frentes, contribuyó al fracaso de la insurrección en los principales puntos neurálgicos del país, por tierras de Aragón, Castilla, Andalucía, Asturias y Galicia, tanto en los centros urbanos como en las zonas rurales.

Los carteles y los documentos fotográficos revelan la grácil figura de la miliciana, intentando desfilar con paso marcial, enfundada en su mono azul y el gorro graciosamente ladeado. Son imágenes que reflejan orgullo y satisfacción de sentirse responsables, de tomar decisiones por sí mismas, sin represiones, y compartir los avatares de aquella singular epopeya, con el vértigo de la primera aventura.

Una gran mayoría de mujeres se ocuparon de la intendencia de la población civil y de las fuerzas armadas populares. Otras confeccionaban prendas y mantas para el frente, o cosían pañuelos y distintivos para confirmar las ideologías que predominaban en la calle. En Barcelona, donde pronto fue liquidada la sublevación, ondeaban las enseñas rojinegras de libertarios y sindicalistas, que fueron los primeros en acudir a la palpitante llamada. Y en Madrid dominaban las banderas rojas, con la hoz y el martillo. Para las mujeres libertarias y sindicalistas, comprometidas desde siempre en organizaciones y actividades laborales, o con el imborrable recuerdo de la detención y la tortura de sus padres, hijos o compañeros, la experiencia no era nueva. La llamada del periódico *Frente Libertario*, en pro del alistamiento de la mujer en las milicias obreras fue decisiva. Lluís Companys reconocería: «La mujer es el eje de la victoria».

Apenas desaparecidos los últimos reductos de sublevados, la vida entró en otra dinámica que llevaría a miles de mujeres a las fábricas y a otros puestos de trabajo, habitualmente ocupados por hombres: los transportes públicos, salas de espectáculos, hospitales, guarderías, escuelas y los numerosos centros cívicos creados para hacer frente a las exigencias de la guerra en la retaguardia, como talleres y almacenes de distribución de ropas y alimentos, o en la defensa pasiva; en todos ellos se pondría de relieve la responsabilidad, la eficacia y la sensibilidad de la mujer. Sin olvidar las que prestaban sus servicios en las líneas de fuego o cerca de ella, como enfermeras, enlaces, telefonistas, carteras, conductoras de vehículos... Y, en fin, las que empuñaron las armas, luchando en la misma trinchera que sus compañeros o fabricando bombas con materiales de circunstancia, como Rosario Sánchez Mora, que quedará en la historia y en el *Romancero* como «Rosario, dinamitera», consagrada por los versos del poeta militante Miguel Hernández.

Villarejo de Salvanés

En 1936 Rosario tenía 17 años y su aspecto era el de una adolescente. Una fotografía de la época nos refleja su imagen juvenil: fina, delicada, bonita, de rasgos agradables, mirada dulce y sonriente. Bajo su apariencia frágil alentaba una fuerza interior y una entereza que emergería al filo de los días. El poeta Miguel Hernández le haría su mejor retrato:

Nadie al mirarla creyera
que había en su corazón
una desesperación
de cristales, de metralla
ansiosa de una batalla,
sedienta de una explosión...¹.

Había llegado a Madrid el año anterior a la guerra, desde su pueblo natal Villarejo de Salvanés, a 50 Kms. de la capital. Allí, su padre, Andrés Sánchez, era el presidente

¹ Miguel Hernández, «Rosario, dinamitera». A l'Assaut, Journal de la 12.º Brigade Internationale, n.º 4, 25-2-1937. Reproducido en el periódico Frente Rojo, Madrid, 26-12-1937.

de Izquierda Republicana. Al año y medio de nacer Rosario, el 24 de abril de 1919, murió su madre, el padre se volvió a casar con Josefa Nieto y tuvieron cinco hijos. Le llamaban «El Carretero» porque fabricaba carros de labranza; pero como era el único carpintero del pueblo, igual hacía una cama que un ataúd.

Desde niña, Rosario vive la triste y dura realidad del sometimiento del campesinado al caciquismo rural. En el periódico de su unidad *Al Ataque*, escribiría: «...Tan sumamente castigado ha sido mi pueblo por los terratenientes y los señoritos, que no había nadie en él con un poco de clase revolucionaria que se pudiera mover. Los labradores, las clases humildes tenían que dedicar el producto de sus esfuerzos empleados en sus tierras, al pago de contribuciones y estafas, mientras ellos se quedaban sin poder comer el pedazo de pan que tanto les ha costado siempre ganar. Yo he sido testigo de muchas ruindades. Cuando los trabajadores fueron descubriendo al golpe de sus labores a sus verdugos y empezaron a unirse para defenderse de ellos, crecieron sus pesares. Mi casa fue de las más castigadas, y han sido numerosas las ocasiones en las que encontraba los fusiles de la guardia civil en mi puerta en busca de mi padre, que enseñaba a sus compañeros los principios revolucionarios...»².

En 1936, Rosario aprendía Corte y Confección en el Círculo Cultural «Aida Lafuente», de la calle San Bernardino. Era uno de tantos centros juveniles de formación de las Juventudes Socialistas Unificadas. Una de sus profesoras era Lina Odena y la otra, Manola Rodríguez Lázaro; nos aclara Manola: «...las dos éramos muy jóvenes, y enseñábamos lo que podíamos». El 20 de julio irrumpieron en la clase unos jóvenes de las Milicias Obreras a solicitar voluntarios para alistarse al frente. Rosario, que había vivido el ambiente de lucha obrerista en su propia casa, fue la primera alumna en preguntar:

—¿Podemos ir las chicas?

—Sí, claro...

—¡Pues apuntarme a mí!

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, se ponía en marcha una columna de cinco camiones y autobuses repletos de jóvenes. Tras una breve parada en el cuartel de la Montaña, prosiguieron por la carretera de Burgos, rumbo a Somosierra. Rosario era la única chica de la expedición. Iban enardecidos, levantando sus puños y armas, dando vivas a la República, cantando himnos revolucionarios, con letras alusivas. Aquel primer día sería inolvidable por muchas razones; entre ellas porque fue el de su bautismo de guerra. Un compañero le preguntó:

—Y tú ¿cómo te llamas?

—Rosario...

—¿Te enfadas si te llamo *Chacha*?

Así las llamaban, por el periódico *Muchachas*, uno de los portavoces de las Juventudes Socialistas Unificadas.

—Puedes llamarme como quieras, le dijo Rosario.

Así que éste sería su primer nombre de guerra. Desde entonces se la conocería como *Chacha*. Y aún hoy, viejos compañeros de lucha la llaman así.

² Rosario Sánchez Mora, «Palabras de una dinamitera». Cuartillas leídas por Rosario ante los micrófonos de «Unión Radio» y publicadas en el periódico de guerra *Al Ataque*, marzo, 1937.

La expedición se detuvo en las afueras de Buitrago de Lozoya. Abandonaron los camiones y cada voluntario recibió un mono, un gorro, plato y cubierto, sujetos por una anilla, además de unas cartucheras, municiones y un fusil.

Allí oiría Rosario, por primera vez, silbar las balas a su alrededor y el atronador disparo de la artillería. En Buitrago conocería a los jefes de milicias Marquina y a Valentín González, *El Campesino*³, que encuadraban a los recién llegados en compañías, bajo el mando de Francisco Galán, hermano de Fermín Galán, el héroe de Jaca. Los concentraron en la tahona de la plaza, convertida en cuartel, muy cerca de donde discurría el río Lozoya y de la línea de fuego. «Ya controlados —me cuenta Rosario— nos acercamos al frente, y en un saliente, a la izquierda del lugar llamado la Peña del Alemán, entramos en combate»⁴.

Durante dos o tres semanas, Rosario estuvo con sus compañeros defendiendo *La Peña del Alemán*, punto clave, pues cubría el embalse de Lozoya que surtía de agua potable a Madrid. La *Chacha* recuerda como un verdadero infierno aquella posición.

En una casa derruida, entre Buitrago y Gascones, no lejos de la línea de fuego, se improvisó un taller para montar bombas de mano. Emilio González, un minero asturiano de Sama de Langreo, dirigía el trabajo. Sugirió fabricar bombas de mano utilizando los envases vacíos de los botes de leche condensada. A Rosario la destinaron a la sección de dinamiteros. Además de la fabricación de las bombas, y los ejercicios para probarlas, hacían guardias interminables. En la madrugada del 15 de septiembre, como había llovido toda la noche, se encontraron con que los materiales, y sobre todo la mecha, estaban húmedos. Pese a todo, Rosario y sus compañeros, alineados, se dispusieron a hacer una descarga cerrada. «Yo estaba en la punta izquierda —nos cuenta Rosario— de modo que mi brazo derecho rozaba al compañero que estaba a mi lado. Cuando le prendieron fuego, la mecha empezó a silbar. Alguien me dijo: ¡tírala! Otro gritó: ¡no la tires! Yo pensé que si la arrojaba hacia adelante, podía salpicar la dinamita en los ojos de algún compañero e incluso en los míos. Pensé en darme la vuelta, pero cuando lo hice con toda rapidez no fue lo suficiente, y antes de que me diera tiempo a soltarla, me estalló en la mano derecha arrancándome la mecha de cuajo. Recuerdo que, en aquellos gravísimos momentos, no grité ni lloré»⁵.

La muchacha parecía querer demostrar que la mujer podía tener el mismo valor que un hombre, cuando lo tiene, y defender a la República con la misma entereza y entrega que ellos. «Ser como un hombre», entonces, no se olvide, era el punto de referencia.

Soltando sangre por los grifos abiertos de las venas de su brazo, ella estaba allí, de pie, impávida, consciente de que caería al suelo de un momento a otro. Oía los gritos de los compañeros: «¡Una camilla!», «¡Un médico!», y a uno que, serenamente, comentaba: «Le ha echado mucho valor; para no herirnos a nosotros se dio la vuelta, y eso casi le cuesta la vida».

Los primeros en llegar fueron los milicianos que montaban guardia en los alrededores. Uno de ellos, llamado Toquero, alto y fuerte, se quitó las cintas de las alpargatas y ató el brazo derecho de la luchadora por encima y debajo del codo. Pero aquellos

³ Cuando se militarizaron las unidades de milicianos, Valentín González, *El Campesino*, pasó a ser el comandante-jefe de la 46 División, compuesta por las Brigadas Mixtas, 10, 37 y 101.

⁴ Entrevista con Rosario Sánchez Mora, durante las jornadas de «Homenaje a la mujer en la Guerra Civil. 1936-1987», Universidad de Barcelona, 24 y 25-10-1987.

⁵ Testimonio escrito de Rosario Sánchez Mora.